

La Literatura se acompasa a la Nación. Rómulo Gallegos y su Venezuela moderna'

Mónica Marinone
CELEHIS- UNMDP- Argentina

Ha sido señalada la relación implícita que desde mediados del s. XIX guardan en Venezuela el poder de la escritura -desde su capacidad evocadora e informadora- y las estrategias que abraza el proyecto de construcción nacional, incluido el esbozo del perfil de nuevas sensibilidades y de los ciudadanos más adecuados a ese fin. Según B. González Stephan (1994,110) la prensa, la folletería, las novelas por entregas y los “manuales de urbanidad”, “de buenas maneras” o “las lecciones de buena crianza de moral de mundo” juegan un papel destacado desde ese momento en adelante, canalizando contradicciones que en realidad empiezan con la ficticia unidad nacional y se fortalecen con la ilusoria sociedad democrática post-revolucionaria. Sin embargo, desde una visualización de la escritura latinoamericana en su instauración histórica y cuando se trata de Venezuela, es preciso recuperar antecedentes notables de dichos ejercicios en la producción de algunos letrados de principios del XIX: a diferencia de lo que ocurre en otras áreas del continente, un gesto similar es allí incipiente durante la Colonia, pero aparece exacerbado desde el momento previo a las guerras de liberación, en su desarrollo mismo y tiempo después, cuando Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Andrés Bello producen el mejor núcleo de discurso independentista.

Si la escritura es la práctica que responde eficientemente a los impulsos ordenadores de los letrados criollos, lo productivo para esta reflexión es que al *efectuarse* en sus textos, plantea una concepción precoz de nación y en filigrana, una noción de sociedad como conjunto reinscribiendo para nuestro continente el conflicto entre artefactos discursivos y la imponentia de lo contingente. Durante la emancipación, la construcción (imaginaria) de la nación americana que emprenden estos letrados en sus escritos políticos, sociológicos, pedagógicos, jurídicos, etc., se enfrenta con el desorden, el vacío o la ingobernabilidad de un real inabarcable, heterogéneo y desbordante. Y este conflicto torna operativa la concepción de la nación como “morfología” (BAECHLER, 1997,10) a la que recurro en este caso, pues remite a una forma o figura y entonces implica la posibilidad de darle contenido o rectificación a través de prácticas como la escritura, afanada en llenar un vacío (para muchos americanos, generador) con componentes de un modelo iluminista conocido por ellos. Proyectada como instauración de cierto orden, la escritura conlleva entonces un fuerte carácter *misional* saturando no sólo sus voluntades, sino sus necesidades de completar una forma, el de una entidad -utópica- ausente cuya atracción convocante se impone pues resulta lo fervientemente deseado.

Gran parte de estos escritos magistrales del s. XIX se apegan al relato de las Revoluciones burguesas (especialmente francesa) en cuyo centro se visualiza la noción de ruptura comprometiendo planos diversos. El corte del tiempo en antiguo y nuevo es

definitivo cuando se está asentando la base de un sistema inédito sobre el cual sostener un presente de transición y construir un futuro para algunos promisorio, para otros incierto. Y los debates más fructíferos del pensamiento francés de la época revolucionaria tuvieron en la Educación un eje de reflexión inmejorable: relacionaba cultura y poder, libertad e igualdad, dominantes y dominados, etc. Z. Bauman (1997,104) dice, apoyándose en los rigurosos análisis de B. Baczko, que la política educativa de entonces fue modelada por el *élan pédagogique* o legado de la Ilustración en el convencimiento profundo de que la educación podía todo. Entre ese todo estaba la posibilidad de producir (ellos decían *fabricar*) una clase nueva de seres humanos, ciudadanos emancipados, abiertos a un potencial pedagógico cuyos límites sólo dependerían de la inventiva de los legisladores. Los famosos debates son iniciados por el conde de Mirabeau, precursor de “pensar la experiencia revolucionaria en términos de educación” y por C. de Talleyrand, quien sostenía “la libertad de enseñanza, no estableciendo su obligatoriedad ni limitación”.² Sin embargo, otras dos figuras se destacan hasta nuestros días como paradigmáticas de la eterna controversia pues encarnan posiciones antagónicas, por ejemplo respecto de los alcances populares de la educación. Me refiero a Condorcet y Rousseau. El primero, uno de los más fervientes defensores de la diferencia entre instrucción (estatal, universal y gratuita) y educación (no obligatoria y no universal), adopta al respecto una posición menos restringida que el segundo: piensa que es posible “instruir” a toda la masa del pueblo. En cambio Rousseau traza en el *Emilio* (1762) otros límites: “El pobre no necesita educación; la asociada a su estado es forzosa y no puede tener otra”, 15³. Estas observaciones para nuestro continente importan respecto de muchos americanos, por ejemplo de un S. Rodríguez imbuido de Socialismo utópico y su revisión de los aportes de Rousseau, de su programa de Educación Social (generalizado) o su ataque a la instrucción en beneficio de la educación; también de S. Bolívar y su proyecto de Constitución de 1819, en cuya Sección Tercera incluye las “Atribuciones de la Cámara de Educación”; y obviamente de A. Bello y su “Discurso de inauguración de la Universidad de Chile” por citar sólo pocas ideas y algún escrito revelador.

Las líneas anteriores entran los ejes escritura - nación – educación, pero las tres palabras resuenan desde el título de este artículo, dos de ellas anticipadas en infinitivo precisamente porque es una forma vacía que espera cumplimiento a partir de cualquier llenado, la escritura de Rómulo Gallegos (1884-1969) por ejemplo, y entonces el avance desde esos fundamentos hacia principios del s. XX venezolano. Gallegos se destaca entre los intelectuales ajenos a las estructuras de poder asociados al *perfeccionamiento* de la morfología *nación* desde su variante regional, en un sentido y con una concepción estrictamente modernos, marcados por el Positivismo y dependientes en sus premisas básicas de la fórmula liberal que, en cuanto profesa la *perfectibilidad*, se sostiene en centros modélicos (estado, escuela y familia) irradiadores de ciertos valores hacia un desarrollo social pretendidamente homogéneo y estandarizado. Así, su idea de dicho artefacto se gesta en el producto o confluencia de un poder político centralizado y democrático, una distribución compleja del trabajo con consecuentes posibilidades de movilidad social y un proceso de alfabetización generalizado, proveedores de una identidad cultural y del reconocimiento de deberes, derechos y cierta capacidad participativa en las decisiones

que involucran el destino del orden colectivo.⁴ Gallegos también es uno de lo que apuesta a la escritura (y al gesto narrativo) como medio de inserción social, transformación del imaginario de sus lectores, movilización de la energía colectiva sobre la base de determinados marcos reguladores y de resistencia cuando Venezuela está sumergida en lo que O. Araujo (1972,159) define como una “verdadera encrucijada secular” refiriéndose al período de transición que allí prolonga el siglo XIX en el XX.⁵ Y si en sus comienzos literarios incursiona en el cuento, se decide finalmente por la novela, un género *adecuado* a los fines que impulsan su proyecto político. La formación de Gallegos, su perfil, el modo de inserción en la sociedad de principios del s. XX instauran líneas vinculantes fuertes con esos letrados criollos del s. XIX que mencioné en su carácter de pedagogos, educadores, próceres constitucionalistas, políticos republicanos y hasta escritores magníficos, hombres multifacéticos como él, que aun no siendo explícitamente reconocidos como autoridades en todos los casos, son algunos de sus modelos ideológicos más influyentes. Pero hoy me interesan además las resonancias que comprometen la escritura como práctica y espacialidad que, al constituirse (y más allá de tipificaciones genéricas), recupera mandatos previos, suplanta vacíos o recompone órdenes, pareciendo impulsada también por el *élan pédagogique*.

La impronta notable de los escritos del s. XIX, anunciadora de una marca firme de la novelística de Gallegos es la pura producción de performatividad ligada a la pretensión de la eficacia social de la práctica, a su concepción de instrumento de *acción* cuyos productos *sirven* para algo: “... si alguna función útil desempeña una novela (es la de)... descubrir alguna inteligencia ordenadora”. Esta frase es de Gallegos (1977, 41), pero considerado el núcleo de letrados destacado, bien podría ser de Bello quien no sólo cumple al pie de la letra el precepto kantiano al hacer “uso público de su razón”, brega por la estabilización lingüística de las naciones nuevas o construye sus marcos jurídicos, sino que canoniza el *contar* respecto de la génesis de una conciencia nacional y en estrecha relación con el reconocimiento de la Historia como autoridad. La base de su planteo se asienta en sólidos conocimientos, tanto en lo relativo a historia política como a otros saberes sujetos a procesos históricos en el campo humanístico -filosofía, literatura, arte, derecho, economía, etc.:

... ¿de qué medios se vale (Tácito)? ¿Cuál es su secreto? ¿Cómo persuaden sus opiniones?
¿Cómo demuestra las causas generales y los motivos particulares?. Cuenta.
Tal vez la época en que vivimos está destinada a restablecer la narración, y a restituirle su antiguo honor... (1848)⁶

Su contacto prolongado con la sociedad inglesa en plena revolución industrial favorece esta concepción. El mayor grado de alfabetización y entonces, el desarrollo de prácticas vinculadas con lo escrito, sumado a una circulación multiplicada de lo impreso contribuyen a gestar en Inglaterra antes que en el continente, una “esfera pública” que nutre el núcleo de la cultura moderna. Durante un lapso muy extenso Andrés Bello experimenta lo que R. Chartier (1992, 121) describe como el intercambio de ideas y la libre discusión en el interior de una comunidad de lectores que puede hacer un doble uso de lo escrito: el de la convivencia de lecturas realizadas en común (en salones literarios, cafés,

reuniones políticas, etc.) y el nuevo hábito de la reflexión solitaria, usos que permiten tanto la escritura como el desarrollo de una industria cultural palpable en el auge de producciones periodísticas y literarias. También reconoce el valor atribuido a la lectura de ficciones literarias en una sociedad moderna donde la educación ya es uno de los instrumentos preferidos de control social, a través de la regulación, entre otras cosas, del tiempo libre de los ciudadanos. Cabe recordar por una parte, que Bello se inserta en la sociedad inglesa cuando los grupos de educadores reformistas empiezan a considerar *muy* adecuada la lectura de ciertas novelas, no sólo por ocupar horas de ocio, sino por desplazar prácticas simbólicas tradicionales menos convenientes y especialmente por proveer modelos sociales, familiares y genéricos (ARMSTRONG, 1991,30-31). Por otra, sus visitas asiduas a la Biblioteca del Museo Británico, el estudio detenido de textos fundacionales de la cultura occidental, así como la posibilidad de circular por las publicaciones europeas de ese momento que propician su sólida formación intelectual, moderna en muchos sentidos.⁷

La novela, composición antes frívola, a que la pintura de las grandes pasiones había dado tanta elocuencia, ha sido absorbida por el interés histórico. Se le ha pedido no que nos cuente aventuras de individuos, sino que nos lo muestre como testimonios verdaderos y animados de un país, de una época, de una opinión. Se ha querido que nos sirviese para conocer la vida privada de un pueblo; ¿y no forma ésta siempre las memorias secretas de su vida pública?.⁸

Paradójicamente y en aras de su afirmación hartamente conocida de una necesaria “autonomía cultural”, esto es, de la creación de países con definiciones propias para este continente, Bello, quien no escribe novelas pero conoce el grado definitivo de desarrollo que este género alcanza en Europa durante el s. XIX, lanza su mandato influenciado por la valoración de un tipo discursivo legítimo y legitimado desde una codificación hegemónica, sujeta obviamente a un proceso de formación diverso.⁹ Es uno de los letrados latinoamericanos que contribuye -de modo involuntario- a esa obliteración de otras producciones entre las que es preciso destacar las suyas (cartas, discursos, ensayos), una “literatura de ideas”¹⁰ que en realidad estaba trazando la verdadera originalidad en el desarrollo de nuestra propia escritura.

Pero la frase de Gallegos citada reenvía a su vez al fuerte carácter *misional* que para él arrastra la escritura, justamente por esa finalidad *utilitaria* cuando es necesario *educar* la mirada de los lectores a través de sistemáticos ejercicios de perfeccionamiento de una forma (la nación moderna), siempre cristalizados en potentes máquinas de contar que interpretan su lugar y época¹¹ (es claro, las ficciones literarias conllevan ese carácter de historiografía del presente que les atribuyera la estética realista y son los vehículos adecuados porque educan placenteramente). Las palabras subrayadas nos regresan de nuevo a los maestros venezolanos del s. XIX. Es conocida la tenaz tarea escrituraria de Bolívar (se estima que produjo más de diez mil documentos¹²), cristalizada de manera eficaz en su intento de persuadir sobre la urgencia de la autonomía continental fundándose en premisas conductoras de un modelo político basado también en la dominación colonial por aparecer económica y culturalmente más progresista que el anterior. Se percibe un ejercicio de fuerza imperativo como el bélico, orientado a consagrar su autoconstruida

imagen de líder de la Patria Grande soñada, por la posesión de un saber ligado a la concepción de la política como ética, y a la función de esclarecimiento y formación de opinión¹³. Asimismo en Simón Rodríguez la escritura implica lo *misional* y a lo largo de su vida se transforma en el ejercicio compensatorio de cada proyecto y acción inhibidos o abortados. No acompaña a Bolívar en sus batallas, pero sus páginas son planes de asalto intranquilizadores como los de su discípulo, resultando parte instrumental por excelencia en la creación de una utópica sociedad nueva. Sin embargo, son notables en Rodríguez la absoluta certeza -su explicitación- del poder de las representaciones verbales en la construcción de imaginarios (en la formación de opinión¹⁴), la posibilidad de existencia de dichas representaciones por el acto de instauración a través de una escritura que desde su disposición formal, por una manipulación adecuada de la grafía y de los blancos empiece a producir, así como su creencia en la Educación en tanto dispositivo imprescindible, que es preciso “inventar” (suele ser un uso de Rodríguez) cuando se trata de su aplicación en las pretendidas naciones nuevas:

Muchos tratados se han publicado sobre la Educación en general, y algunos sobre los modos de aplicar sus principios a formar ciertas clases de personas; pero todavía no se ha escrito para educar pueblos que se erigieron en naciones, en un suelo vastísimo, desierto, habitable en gran parte y transitable en todas direcciones. (RODRÍGUEZ, 1990 : 223)¹⁵

La letra intenta ser en los escritos de Rodríguez el sustituto fiel de su voz, un clamor que pretende llenar, con la pócima de la Educación Social, ciertas formas vacías pero indispensables de una sociedad ideal, las de los *ciudadanos* de un continente delimitado imaginariamente como un interior de pertenencia, no sólo a través de lecturas, sino de peregrinaciones ininterrumpidas, diferenciado de una Europa también muy conocida por lecturas y viajes. Pero además, cada palabra de Rodríguez, cada frase recupera lo señalado en este desarrollo trazando el camino a los artículos y las novelas de Gallegos. Desde principios del s. XX, desde sus entregas en *La Alborada*, es decir, mucho antes de ser un escritor consagrado¹⁶ Gallegos insiste (para su variante regional) en la cuestión que desvelaba a los letrados americanos del s. XIX permitiendo reconstruir un proceso en su gesto de perfeccionamiento –no ya de *llenado*- de la Nación como morfología, cuando postula la necesidad de *revisar* el dispositivo Educación, distinguirlo de la Instrucción y reconocer su aplicación desvirtuada a través de una escolarización ineficaz:

Un error demasiado generalizado en Venezuela -aunque en él no ha habido iniciativa, pues es el mismo que priva en casi todos los pueblos de origen latino- es el confundir la educación con la instrucción propiamente dicha. Ésta obra sobre la inteligencia y produce la cultura, aquélla sobre el carácter y *forma* al hombre, pero de tal modo han sido confundidas estas dos funciones que bien podemos decir que entre nosotros si apenas se instruye no se educa en absoluto. (Subrayado mío)

En nuestras escuelas se adquiere a veces un bagaje de conocimientos más o menos útiles, y casi siempre un título decorativo con el cual podemos abrirnos paso en el camino de fracasos de una profesión, pero nunca se logrará sacar de ellas el tesoro de un carácter bien acrisolado ni una voluntad sabiamente cultivada.¹⁷

Educación diferenciada de instrucción o enseñanza sistematizada por circuitos convencionales, Educación y voluntad, ideas y palabras que reenvían a los planteos de S. Rodríguez (1982, 282):

Educar es...
CREAR VOLUNTADES.

Enseñen, y tendrán quien SEPA.
Eduquen, y tendrán quien HAGA

El diseño de la frase y las mayúsculas son del autor y ejemplifican esa necesidad de “formar opinión” desde la grafía justificando nuestro uso *clamor* en relación con su escritura. La obsesión de Rodríguez es la Educación como instrumento *formador* del ciudadano, un planteo surgido de lecturas reflexivas sobre el tema tan tratado por los filósofos europeos (recordemos la influencia temprana del *Emilio*, el tratado que despierta su mayor interés jamás desplazado). Cuerpo, alma e intelecto son una integración ineludible en la postura de un Rodríguez inspirado en Rousseau y en Locke, para quienes la constante actividad física, el fortalecimiento del cuerpo y la salud eran soportes esenciales de una postura moral apropiada y un razonamiento claro. Educación orientada a *fabricar* (como dije, era un uso de los filósofos franceses) la autogestión, intenso aprendizaje a través de la Naturaleza, de los hombres y de las cosas (otra vez Rousseau), el proceso formativo de una voluntad entendida como *pensar en libertad*, entonces, voluntad consciente de los individuos o fundamento, entre otras cosas, de la voluntad colectiva (otra vez Rousseau y Kant, ciertamente). Me apresuro a aclarar que cuando describo brevemente la estela de Rodríguez no dejo de pensar en el universo de Gallegos y en su narrativa, cuya dimensión la vuelve instancia ineludible en estos sentidos porque orienta la interrogación hacia ellos y hacia el gesto edificante de una nación moderna desde la literatura, dado que el motor de dicho universo parece, como anticipé, el *élan pédagogique* y sin dudas uno de sus ejes es el concepto de Educación como *formación*¹⁸, marcas que lo proyectan tanto hacia discursos constructivistas previos por él revisados como hacia otras narrativas, contemporáneas y posteriores, que también *juegan* con estas cuestiones.

Leído el conjunto de sus novelas sobre temas venezolanos es posible el trazado de cierta dinámica donde la realización y la acción discursiva –o “querer hacer del discurso”¹⁹– difieren en grado y matices, dando cuenta respecto de lo estético, de momentos de indefinición y dudas, pero también de instancias consolidadas que anticipan lo posterior y que no fueron precisamente las más celebradas.²⁰ Desde *Reinaldo Solar* (1920) a *Sobre la misma tierra* (1943) Gallegos traza los límites de su Nación, fija (afirma) un primer centro en la ciudad²¹ con lo que ello implica, esto es, el arrastre de codificaciones, y las pone en crisis en cada borde, de ahí que sea reductivo alinearlos en el paradigma decimonónico. Así, las geografías y los paisajes humanos son devorados por una escritura que, en la distribución de círculos de sociabilidad, dibuja la sociedad circunscribiéndola (limitándola). Como conjunto, estas novelas diseñan un mapa y “comunidades imaginadas”²² que, según el mandato de los padres fundadores, pretenden situarse en cierto momento en un interi-

or mayor- la cultura occidental, y muestran a lectores urbanos alfabetizados unos personajes que a veces experimentan situaciones semejantes a las propias o a las de cualquier individuo de una nación, esa entidad abstracta que va siendo diseñada a través de criterios cohesivos (selectivos) y en acuerdo con una lógica heredera de las lecturas de Renan : el arraigo en el pasado, la visualización del futuro en común y una pertenencia reafirmada, por ejercicio de la voluntad, en el presente o momento compartido, el plebiscito diario²³. De ahí que sus relatos aparezcan como realidades múltiples y complejas *tensadas* entre fracturas lingüísticas, culturales y territoriales casi irreductibles, una vigencia de modelos políticos hipertrofiados, violencia o exclusión y la sugerencia de una acción discursiva fundada en impulsos optimistas, orientada a producir mundos más o menos abiertos, cuyo sentido y futuro siempre se pretende desentrañar proponiendo pautas para dirigirlo.

La marca que subrayo (*tensión*) nos devuelve a algunos escritos magistrales de Bolívar por ejemplo. Allí identifico la autoconciencia del fracaso como manifestación de la imposibilidad de constituir la forma deseada, la puesta anticipada del vaciamiento que lo sobrevive y se materializa en acontecimientos históricos definitivos como las guerras civiles que se prolongan durante todo el s. XIX o los lentos procesos de formación de los estados nacionales, redundantes en políticas separatistas y excluyentes. Sin embargo dicha autoconciencia, tan impactante en algunos de sus últimos escritos²⁴, se asocia al impulso programático, transformado por este gesto en lo suspendido, lo que espera cumplimiento.²⁵ Ello instaura una *tensión* poderosa que reclama más escritura (más acción) en esa línea hasta nuestros días. Gallegos es uno de los que responde a dicho reclamo a principios del XX y por esto a través de sus textos, *mutatis mutandis*, es posible reconstruir también desde esta arista la idea de proceso: en su caso se trata de conjurar fracasos en novelas que despliegan, por momentos de manera brutal, los estigmas de la sociedad, es decir, de canalizarlos simbólicamente hacia un reconocimiento y aceptación por parte del público justamente por dialogar con modelos superadores. Y desde aquí se entiende por qué la tentación realista le resulta poderosa. Los suyos son artefactos armados sobre la base de un juego sutil que concilia un saber *contar*, un saber social como bagaje informativo (representativo) indispensable o disparador de cada relato que tiende a tipificaciones, con cierto imaginario político operando a la manera de un sistema genotextual siempre presente, y cuyos enunciados performativos, bajo la apariencia de querer decir cómo la realidad es, aspiran a hacer ver el mundo y a hacer creer cómo el mundo es desde el prisma de un grupo determinado, que aun plantándose en ese momento como contrapoder, goza de la particularidad de poseer parte del monopolio de la producción discursiva sobre dicho mundo.²⁶

Y entre las resonancias con la literatura de ideas del XIX que describo resta señalar para esta narrativa lo que vibra a trasluz de mi desarrollo o ha sido sólo apuntado: las pulsiones ordenadora y programática y es claro, el impulso *totalizante* en la configuración de un proyecto escriturario que al conformar un sistema representativo de cierta percepción de la realidad, construye la propia imagen, la de un intelectual que en sus ejercicios de homogeneización e higiene también *sutura*, liga discontinuidades por la posesión del saber (como la escritura de Bolívar). Es decir, las novelas de Gallegos se

alzan como máquinas de narrar que obligan a desencajar la mirada de un centro urbano - Caracas- hacia los bordes, describen en esas “mejores comunidades” a que me referí, una matriz de identificación nacional a través de series de relaciones con *otros*, instauran imágenes de amigos y enemigos, modelan orígenes o linajes y seleccionan recuerdos, proyectan temores y esperanzas²⁷. Y a su vez construyen, entre bambalinas o en los ángulos de cada relato, la figura de ciertos intelectuales (demócratas, republicanos, progresistas) o productores culturales, traductores y posibles conductores -los “hombre fuerza”²⁸- o actores imprescindibles (es cierto que desde posturas menos prepotentes) para el imperativo ejercicio transformador de un sistema degradado.

Pobre negro (1937)²⁹ resulta modélica de estos planteos. Gallegos se impone aquí uno de los mayores retos, leer – pensar - escribir esta matriz constitutiva de Venezuela hacia su interpretación ideológica del *mestizo* a través de Pedro Miguel Candelas, hijo bastardo de una aristócrata y un esclavo, desde el momento de su gestación en un encuentro “regido por la fatalidad”, hasta el inicio de su realización como *ciudadano* venezolano. Los *otros* aquí son por lo tanto los ajenos más temidos en el imaginario letrado del s. XIX: la masa esclava negra y sus descendientes (el sector hegemónico lo constituyen, como es de esperar, los aristócratas rurales cultos). Si Gallegos cuenta la historia de su ingreso en la región hasta fines de ese siglo, centra el período previo, estallido y desenlace de la guerra federal de 1859, un recorte pertinente para sus propósitos y respecto de su presente: el concepto de federación, que antes había aludido a una simple forma del Estado, se resemantiza a partir de este movimiento y da paso a la idea de guerra social.³⁰ La guerra federal es un estallido donde toman parte activa los sectores marginados y uno de los más significativos de América Latina en los intentos de invertir la pirámide social (los historiadores venezolanos la leen como un antecedente de la revolución mexicana). A partir de este eje Gallegos describe situaciones extremas en los procesos de interacción social –la guerra, la violencia sexual- en beneficio de un proceso constructivo posterior.

Es una novela paradigmática del “desencaje”³¹ de un centro hacia ámbitos menos reconocidos de Venezuela por ese anhelo de orientar la escritura en su avance sobre todas las partes en beneficio de una totalidad que comprende lo externo a los límites de la capital, impulsado por la idea moderna de que la ausencia de cualquiera de ellas implicaría la inexistencia del conjunto. Si el *viaje* suele ser significativo en cuanto a alcances de los personajes protagónicos de Gallegos, en este caso también es sustancial respecto de la construcción de su propia imagen, el escritor compelido por dicho afán totalizante que circula hacia los bordes -geográficos, sociales, culturales. Lanzarse a la búsqueda de los ajenos es, como anticipé, una de las formas de autoconstruir esa imagen de traductor a la manera de Bolívar³², el “mediador simbólico”³³ entre territorios con la facultad de ligar discontinuidades promoviendo saberes -por la posesión del saber- a través de una escritura que funciona como el verdadero puente entre mundos acaso no tan irreconciliables. Así, desde las primeras páginas se ve el esfuerzo de esta mirada autoral con vocación etnográfica y ambición didáctica, enmascarada tras un narrador en tercera persona preocupado por ceñir detalles que inscriban efectos verosimilizantes y por *educar* para promover, desde el reconocimiento, la aceptación de los otros.

Es evidente que está al servicio de una selección cuyos destinatarios son los lectores urbanos de la época, pues recorta lo más *típico* del universo cultural afro-venezolano, aquello relativamente cercano a la experiencia o conocimiento, aunque a su vez destaca el control del relato, el privilegio de un distanciamiento (de una complicidad con el lector), así como la evaluación del otro-objetivado: el título de la novela (*Pobre negro*) es revelador y la disposición espacial de la escritura establece tipográficamente continuas diferencias. Por si fuera poco, además está aquí Cecilio el viejo, informante muy calificado de dicho universo que encarna una postura ética intachable y una sólida aunque asistemática formación intelectual; es el maestro transgresor que siguiendo modelos educativos propios de S. Rodríguez, contribuye a crear voluntades (acompaña o asiste, transforma a la heroína de la novela en cuerpo, alma e intelecto³⁴) y cuyos sentimientos populistas lo impulsan a una aceptación de la guerra como instancia purificadora en un sentido sociológico y hasta político (aceptación fundada en lecturas de Gallegos y de muchos intelectuales de la época³⁵), bregando por la integración y la movilidad del mestizo en aras de consolidar un sistema social moderno.

Los círculos de Gallegos, abiertos por cada relato, amplían el todo cada vez de manera equilibrada intentando operar sobre la reticulación de la trama cultural en el trazado de un nuevo imaginario de identificación para los grupos urbanos de principios del s. XX. Esto las vuelve artefactos comprometidos -como las construcciones de modelos racionales de continente producidas durante el s. XIX- en las políticas de memoria-olvido, los juegos de distribución o apropiación, de legalización y legitimación, en una nueva determinación del orden y del caos, de las instancias que deben reconocerse como parte de una historia común y de los proyectos que deben asumirse, indicando al mismo tiempo las vías adecuadas para concretarlos, así como aquello que ha de desecharse. Y si cualquier afán de desencaje instaura la posibilidad de lo inestable, en estas novelas la estabilidad subsiste porque no se pierde de vista un núcleo productor de racionalidad que al mismo tiempo es de autoconvalidación, en cada gesto de sutura y en opciones que traslucen la pulsión de control. Por eso, en la lectura de un proceso configurativo de la moderna nación venezolana, las máquinas de Gallegos, tan rebosantes de fervor ideológico como los escritos del s. XIX para nuestro continente, constituyen nuevos *fundamentos* que se hacen cargo de ese sistema (también ocupado en la construcción del presente y motivado por un futuro promisorio) revitalizándolo para avanzar en el cumplimiento del programa adaptado: la formulación de un imaginario ahora circunscripto a un país en el que se depositan todas las esperanzas, porque se lee dicho país con posibilidades efectivas de perfeccionamiento. La escritura de Gallegos, al responder a la fuerza convocante de las primeras formas esbozadas para llenar un vacío, al cumplir con algunos de sus mandatos para interpretar y perfeccionar, se transforma en receptáculo o nueva zona de anclaje en el s. XX a partir de la cual es posible retomar ese previo y examinar proyectos recientes, obsesionados no ya en fundar o perfeccionar, sino en refuncionalizar o bien en reinterpretar la nación a la luz de la primera fundación histórica compartida y de los fracasos de nuestra modernidad fallida.

Notas

¹ En este artículo tomo algunas ideas desarrolladas extensamente en mis volúmenes: *Escribir novelas. Fundar naciones* y *Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación*.

² Sigo a G. Weinberg.

³ En *La nueva Eloísa* es terminante: “No enseñéis al hijo de un aldeano, dado que no son aptos para la enseñanza” (Citado por BAUMAN, 1997,116)

⁴ Para esta concepción de la idea de *nación* es operativo el ensayo de E. Gellner, quien desde una perspectiva historicista, la analiza como producto de un desarrollo efectivo de sociedades occidentales en el que confluyen lo económico, lo político y lo cultural. En este sentido las naciones resultan una *contingencia* vinculada a la imaginación moderna.

⁵ Juan Vicente Gómez asume la presidencia de Venezuela en 1909 (había sido vicepresidente de Cipriano Castro desde 1905) y permanece allí hasta 1936, cuando muere de “muerte natural”. Oriundo de Táchira, el Benemérito (así lo llamaban los oficialistas) imprime una marca regionalista (la de los andinos) a su régimen como base de sustentación resistente al desgaste. Un primer factor nada despreciable favorece la gestión de Gómez: el hallazgo y comienzo de la explotación de petróleo. Hacia 1917 propicia su concesión generosa a consorcios extranjeros a cambio del incremento de sus cuentas bancarias. Un segundo factor que lo beneficia es el auge del precio del crudo durante la primera guerra mundial. (Véase especialmente D.A Rangel). En cuanto a evaluación de su dictadura, Mariano Picón Salas (16) dice: “Fue, sin duda, la época más cruel de nuestra historia republicana. Los carceleros de La Rotunda, de Puerto Cabello, de San Carlos, se encargaban de los civiles que siguieron invocando la libertad ... En las provincias, la paz y el orden del régimen es mantenido por pretorianos feroces con vocación de genocidas ...”.

⁶ Este fragmento de Barante como el referido a la novela que cito inmediatamente en el cuerpo son incluidos por Bello (187) entre otras citas de autoridad en “Modo de escribir la Historia”.

⁷ Las polémicas de Bello con Lastarria y Chacón son reveladoras.

⁸ “Modo de escribir la historia” *cit.*: 187.

⁹ Muchos otros letrados americanos bregaron por el poder civilizador de las novelas exaltándolo más de una vez. Cito sólo a Sarmiento: “Caramelos y novelas andan juntos en el mundo, y la civilización de los pueblos se mide por el azúcar que consumen y las novelas que leen ... Las novelas han educado a la mayoría de las naciones y en los países católicos ha hecho la misma revolución que en los protestantes la Biblia, no se escandalicen las gentes timoratas ... ¿Qué relación hay entre la ubicuidad de la Biblia y las novelas?. Que la Biblia obligó a leer al pueblo y las novelas hacen que lean, los que sin su aguijón no habrían tomado jamás un libro en las manos. ¿Es mal alimento para el alma según la moral? ¿Y es mejor la lectura de la Biblia según la Iglesia?. Sea; pero Biblia y Novelas han popularizado la lectura que generaliza la civilización”. (“Las Novelas”, (en *El Nacional*, 14-IV-1856), *Obras*. Tomo XLVI: 159).

¹⁰ Tomo la expresión de Carlos Altamirano (203):“... ese espacio discursivo en que coexisten los diversos miembros de la familia que Marc Angenot denomina géneros doxológicos y persuasivos”.

¹¹ A. Gallegos se lo suele llamar el cronista de su lugar y su tiempo.

¹² Véase *Doctrina del Libertador*. XXIX (Las citas anotadas corresponden a esta edición).

¹³ Relaciones propias del gran relato del Iluminismo francés. Véanse J. Touchard: cap. IX y J .F. Lyotard: cap.4.

¹⁴ “Hoy se piensa, como nunca se había pensado, se oyen cosas, que nunca se habían oído, se escribe, como nunca se había escrito, y esto va formando opinión en favor de una reforma, que nunca se había intentado, LA DE LA SOCIEDAD”. (RODRÍGUEZ, 1982: 175).

¹⁵ El fragmento es elocuente: Rodríguez está fijando la forma *nación* como lo producido y planteando el vacío o la inconmensurabilidad que le son inherentes y a su vez, siempre generadores.

¹⁶ La consagración llega en 1929, con *Doña Bárbara*.

¹⁷ Rómulo Gallegos (1909) “El factor Educación”.

¹⁸ Respecto de la Educación como formación dice Bauman (103) “el concepto alemán *Bildung* es el que mejor transmite la noción”.

¹⁹ Dice Jitrik (25, nota1) “Entendemos por ‘acción discursiva’ un ‘querer hacer’ del discurso (lo que remite a la dimensión pragmática como elemento constitutivo del concepto de discurso y a uno de sus rasgos) y no meramente un ‘querer decir’...”.

²⁰ Pienso en *Canaima* (1935)

²¹ Me refiero a *Reinaldo Solar*

²² La expresión es el título de B. Anderson

²³ Véase “¿What is a Nation?”

²⁴ “He arado en al mar”, “Ud. puede considerar si un hombre que ha sacado de la revolución las anteriores conclusiones por todo fruto, tendrá ganas de ahogarse nuevamente después de haber salido del vientre de la ballena...”, “... nada puede un pobre hombre contra un mundo entero ...” (*Doctrina del Libertador*: 321 y 323)

²⁵ La “Última proclama a los pueblos de Colombia” (1830) es ejemplar respecto de esta tensión entre el fracaso teñido de muerte y el proyecto que lo sobrevive: “Si mi muerte contribuye para que ... se consolide la Unión, ... bajaré tranquilo al sepulcro”. (Cfr. *Doctrina del Libertador cit.*: 326)

²⁶ Tal como señala P. Bourdieu para las novelas de Balzac (79 y sigtes.)

²⁷ B. Baczko (69-70) en su ensayo “Utopía”, alude a esta posibilidad de formación de dispositivos de variable eficacia que garantizan esquemas colectivos de interpretación y de unificación.

²⁸ Suele ser un uso de R. Gallegos.

²⁹ Gallegos escribe esta novela casi en su totalidad durante su destierro voluntario, que empieza en 1931. La inicia en el año de residencia en Nueva York y avanza parcialmente su escritura en España, inmerso en el mundo convulsionado de la primera postguerra, de la desesperación y las desilusiones, de la polarización y los antagonismos brutales (marxismo – leninismo / fascismo - nazismo), también de los preparativos de la guerra civil. La concluye al regresar a Caracas, donde aparece publicada después de muerto Juan Vicente Gómez, cuando las expectativas son otras respecto de la participación política o la construcción de un sistema verdaderamente democrático y Gallegos ha vuelto a su antigua tentación de la política como ejercicio de pedagogía.

³⁰ Además del pueblo, los protagonistas de esta guerra son Ezequiel Zamora (su máximo caudillo) y Juan Crisóstomo Falcón (el sucesor). “El 20 de febrero de 1859 –dice D. Miliani (211-215)- desde Coro, se eleva la consigna de Federación suscitada por ... Zamora. Una guerra de cinco años esperaba a Venezuela. ... Zamora logra aglutinar las guerras dispersas del Occidente.; ocupa la zona llanera. Se levanta como caudillo de legítimo pensamiento popular ... Es la guerra de la liberación inmediata de los territorios, el reparto de la tierra; ... la mayoría sigue siendo analfabeta, pero actúa por sí ... (Cuando) Zamora es asesinado ... Juan C. Falcón desvía el movimiento , pacta en la hacienda de Coche y da camino libre a un nuevo ciclo de dictaduras y frustraciones populares”.

³¹ Renato Ortiz emplea frecuentemente esta palabra..

³² Pienso en dicha autoconstrucción por ejemplo respecto de la entidad América centrándome en “La Carta de Jamaica”.

³³ La expresión es de Renato Ortiz.

³⁴ “La voluptuosidad de las energías empleadas en las carreras y los saltos; la sensación de desvanecimiento delicioso producido por la posición... las extrañas cosas que le había oído al tío (Cecilio el viejo) y las no menos sorprendentes que a ella le estaban ocurriendo... la arrebataban ya en espirales de éxtasis.” (*Pobre negro* 130-131)

“Luisana había adquirido costumbres nuevas, inclusive *inesperados modos de pensamiento.*” (*Ibidem*)

“Aquella confusa emoción de consumado *acto libertador* era ahora un sentimiento firme y una idea bien definida.” (*Ibidem* 131)

³⁵ Me refiero a las lecturas de Martí y es claro, de Nietzsche y Sorel entre otros.

Bibliografía citada

- Altamirano, Carlos (1999). “Ideas para un programa de Historia Intelectual”, *Prismas* Nro. 3 : 202-208.
- Anderson, Benedict (1987). *Imagined Communities*. London-New York: Verso.
- Araujo, Orlando (1972). *Narrativa venezolana contemporánea*. Venezuela: Edit. Tiempo Nuevo.
- Armstrong, Nancy (1991). *Deseo y ficción doméstica*. Madrid: Cátedra.
- Baechler, J. (1997). “La universalidad de la nación”, M. Gauchet, P. Manent y P. Rosanvallon (dir.), *Nación y modernidad*. Bs. As: Nueva Visión: 9-28.
- Baczko, Bronislaw (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivos*, Bs. As.: Nueva Visión.

- Bauman, Zygmunt (1997). *Legisladores e Intérpretes* (Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales). Bs As: Univ. de Quilmes.
- Bello, Andrés (1976). *Antología de Discursos y escritos*. (Edición preparada por José Vila Selma). Madrid: Editorial Nacional.
- Bolívar, Simón (1979). *Doctrina del Libertador* (Prólogo de Augusto Mijares, Compilación, notas y cronología de Manuel Pérez Vila). Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.
- Chartier, Roger (1992). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.
- Gallegos, Rómulo (1909). "El Factor Educación". *La Alborada* Nro. IV. (Edición facsimilar. Biblioteca del CELARG)
- Gallegos, Rómulo (1981). *Pobre negro*. Bs. As. Espasa-Calpe.
- Gallegos, Rómulo (1977). "Una posición en la vida", *Vida y Literatura*, Bs. As: Publicación de la Embajada de Venezuela.
- Gellner, E. (1991). *Naciones y nacionalismo*. Madrid- Bs. As.: Alianza Editorial.
- González Stephan, Beatriz (1994). "Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie", *Revista Iberoamericana*, vol LX, Nros. 166-167 : 109-124.
- Jitriik, Noé (1992). *Historia de una mirada. El signo de la cruz en los escritos de Colón*. Bs As: Ediciones de la Flor.
- Lyotard, J.F. (1987) *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Marinone, Mónica (1999). *Escribir novelas. Fundar naciones*. Venezuela: El libro de Arena.
- Marinone, Mónica (2006). *Rómulo Gallegos. Imaginario de Nación*. Venezuela: El Otro El Mismo.
- Miliani, Domingo (1985). *Tríptico venezolano*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Ortiz, Renato (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Bs. As: Universidad Nacional de Quilmes.
- Picón Salas, Mariano (1983). "Comprensión de Venezuela", *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho: 9-143.
- Rangel, Domingo A. (1974). *Los andinos en el poder*. Caracas: Vadell Hnos.
- Renán, Ernest (1990). "What is a Nation?", *Nation and Narration*, Bhabha, Homi (Coord.), London and New York: Routledge: 9-22.
- Rodríguez, Simón (1982). *INVENTAMOS O ERRAMOS*. Caracas: Monte Avila
- Rodríguez, Simón (1990). *Sociedades americanas*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Rousseau, Juan. J (1999). *Emilio o De la Educación*. México: Porrúa.
- Sarmiento, Domingo F (1900). *Obras*. Bs As: Belín Sarmiento Editor.
- Touchard, Jean (1975). *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos.
- Weinberg, Gregorio, "Condorcet y la instrucción pública", s/d.